

# Anatomía de un educador

*El buen educador se constituye de manera natural en un referente luminoso (un verdadero faro) en el proceso de construcción personal del educando; contribuye a enriquecer la calidad de vida de los alumnos en relación a su entorno próximo y puede ayudar a vislumbrar el viaje hacia la felicidad.*

Todos somos alumnos. El educador contribuyendo a la formación de sus educandos, aprende de ellos. Cada individuo posee un ciclo vital para desarrollar su potencial humano, corresponde a la determinación personal y a su constante interacción con el entorno el que se logre, o no, la máxima expresión de ese proceso. Para lograr este propósito de vida necesitamos referentes que nos señalen el camino y nos ayuden al proceso de construcción personal. El educador es la figura natural que se erige poderosa para guiar desde la ayuda desinteresada este desafío de vida.

Todos somos educadores. Dice un viejo adagio africano: "Para educar a un niño hace falta toda la tribu". Todos los individuos de un colectivo humano que contactan con los miembros más jóvenes de ese grupo son responsables, en mayor o menor grado, con más o menos intencionalidad, de la formación de esos niños y niñas maleables, inmaduros e influenciables. Todos somos alumnos, ya que aprendemos constantemente de nuestro entorno social y medioambiental; pero también todos somos educadores ya que con nuestras posiciones, conductas y relaciones estamos incidiendo en la educación de los más cercanos, especialmente en los más jóvenes y moldeables.

Para ser educador no basta con querer serlo; es preciso mostrar ejemplo, transmitir valores y actuar con espíritu de ayuda hacia los demás. Para ser educador no hacen falta títulos ni cargos ni declaraciones, el educador se erige de forma natural ya que se convierte en un referente para alguien que lo ve como un faro resplandeciente que le sirve para vislumbrar su camino entre las tinieblas de la vida.

## I

Los primeros y más importantes educadores del niño son los padres. Después aparecen diversos personajes que con el rótulo de "educador" tienen la difícil misión de formar a los distintos educandos que pasan por sus enseñanzas e influencias, transmitiendo la cultura hegemónica y sus valores, promoviendo la socialización y ayudando a la autonomía personal crítica. Pero sobre el niño se cimentan también un conjunto de enseñanzas e influencias y se promueven una serie de valores ejemplares de todas aquellas personas y acciones que le impresionan: amigos, vecinos, familiares y demás individuos de su entorno que conectan con él mediante un flujo positivo de emociones. En suma, para ser educador no basta con estar cerca del educando ni estar en contacto permanente con él, es necesario configurar un clima de afectividad que le infunda seguridad y confianza proyectando una cierta ascendencia ante él.

La vocación es la primera y principal característica del educador profesional y comprometido, o sea el educador debe estar dispuesto a querer serlo por encima de cualquier otra aspiración y actuar en consecuencia responsable. El educador vocacional estará dispuesto a escuchar a sus alumnos, se esforzará en conocerles (y a diferenciarlos), procederá a ayudarles de manera personalizada y fomentará su autonomía personal fundamentada en un espíritu crítico responsable. A partir de esta premisa fundamental, el educador deberá acreditar ciertas aptitudes y actitudes que le confirmarán como un profesional respetado por sus compañeros, estimado por sus alumnos y legitimado social y profesionalmente para la compleja tarea de facilitar el conocimiento, promover experiencias, moldear actitudes y forjar voluntades.

La vocación y el entusiasmo podrían considerarse como valores, pero en realidad son condiciones. Son las condiciones necesarias para ser un buen educador, es decir son los fundamentos imprescindibles para todo lo demás. En un proceso como la educación, la vocación y el entusiasmo son requisitos necesarios para potenciar las intencionalidades educativas propuestas y promover un cierto impacto emocional que movilice y motive a los alumnos y refuerce el proceso pedagógico. Cualquier proyecto humano requiere ciertas dosis de compromiso y entusiasmo. Si educar es ayudar a vivir, el entusiasmo se constituye en la sal de la vida de cualquier proceso educativo y la vocación en la esencia e identidad del educador comprometido lealmente con esa tarea.

## II

Para esta ingente tarea el buen educador debe tener vocación y entusiasmo. Pero además debe cubrir cinco objetivos básicos de su formación, talante y dedicación: 1) Conocer bien su materia, comprenderla y aplicarla; 2) detentar un bagaje perso-

nal de vivencias, viajes y formación personal suficiente para transmitir a los alumnos valores, experiencias e interés por la vida; 3) gozar de habilidades personales específicas a su especialidad que le permitan ejercitar con variedad de recursos y usos la compleja tarea de ayudar a sus alumnos de manera personalizada a través de su materia; 4) poseer habilidades de comunicación para escuchar eficazmente y transmitir mensajes eficientes que contribuyan a mejorar el clima educativo y optimizar el proceso pedagógico con los alumnos; y 5) desarrollar una ética que anteponga siempre el interés de los alumnos a los intereses propios.

El educador debe conocer bien su materia, comprenderla y aplicarla. No basta con superar mecánica y administrativamente unos conocimientos para la obtención de un diploma o un título, sino que debe aprehender bien su materia y posicionarse en un paradigma de actuación educativa con unos enfoques pedagógicos y didácticos congruentes. Este posicionamiento profesional debe concordar necesariamente con el talante y la mentalidad del propio educador. El fin último es poder servirse eficazmente de la materia en la noble tarea de formar personas de acuerdo a la naturaleza biológica, psíquica y social de los educandos.

El educador debe ser una persona interesante. En el proceso educativo el docente transmite básicamente ideología, ya que a través de las respectivas materias el educador se transmite a sí mismo: con sus conocimientos, vivencias, valores, gustos, hábitos, mentalidades y también las directrices recibidas del sistema hegemónico. Un profesor debe estar suficientemente formado, leído, viajado y experimentado para poder ejercer con garantías la tarea formadora de los alumnos e insuflarles la ilusión por la vida. En el fondo del proceso, un maestro que desarrolle una buena empatía con sus discípulos y ejerza un liderazgo natural entre ellos transmitirá un poso que, una vez expurgado de impurezas, se convertirá en el verdadero mensaje que impactará emocionalmente en los alumnos y los moldeará: su propia mentalidad teñida de los conocimientos y experiencias de la materia.

El educador debe poseer habilidades propias de su especialidad que le capaciten singularmente para desarrollar bien su trabajo. El profesor se desenvuelve con alumnos, es decir personas únicas, sensibles e inteligentes que necesitan ser tratadas de manera singular, afectiva y lúcida en un contexto social y medioambiental. Saber ayudar a los educandos en su proceso de construcción personal es la principal habilidad del educador. Por lo que debe conocer a los alumnos, saber escucharles y poder motivarles teniendo en cuenta sus necesidades e intereses con el fin de promover su autonomía personal y su capacidad de autosuperación aceptando sus límites y capacidades.

El educador debe ser un potente y hábil comunicador que le permita conectarse de manera eficiente con sus educandos. La comunicación es el proceso nuclear de interrelación entre el docente y los discentes, para lograr una comunicación fluida y eficaz el comunicador debe ser auténtico (mostrarse tal como es), conocer las reglas de la comunicación (sabiendo que la voz y los gestos –la actuación– son más importantes e impactan más que el discurso), saber ajustarse al grupo que ayuda y tratar de ser convincente (claridad, razonamiento lógico y capacidad para sorprender e interesar). El educador también debe establecer canales eficaces de comunicación con todos los grupos que participan en el procedimiento pedagógico del niño/a: padres, profesores y colegas del departamento; con el propósito de mejorar las condiciones educativas en el centro y aunar esfuerzos y consignas en pro de la educación de nuestros alumnos en los distintos ambientes en que se desenvuelven.

El educador debe esgrimir unos conceptos morales sólidos que faciliten la salvaguarda de los intereses del educando en contraposición a otros intereses partidistas y manipuladores. En la noble tarea de educar el profesor está al servicio del alumno y debe guiarle honestamente hacia su propio fin colaborando en su proceso de autoconstrucción personal sin intereses espurios ni añagazas y participando en la conquista de una autonomía libre, responsable y solidaria. El docente debe situar a los alumnos ante los grandes retos y problemas que tiene planteados su generación: el medio ambiente, la vida en el planeta Tierra y el papel del ser humano ante nosotros mismos y ante el entorno social; para prepararle éticamente, concienciarle, fomentar la crítica responsable y estimular el espíritu cooperativo necesario que aborde con éxito los grandes desafíos de la Humanidad.

### Epílogo

La actitud de estar dispuesto a aprender constantemente de los alumnos es un claro indicador de un educador responsable, de un buen educador, que respeta y estima a sus educandos y los considera fundamentales en su proceso de mejora y capacitación profesional. En el mundo del educando hay más necesidad por ser querido y ser reconocido que por el propio conocimiento, el buen educador debe ser un referente afectivo para sus alumnos y puede combatir eficazmente la terrible pobreza de la soledad y el sentimiento de no ser aceptado.

Tradicionalmente, desde los inicios de nuestra civilización, las profesiones ligadas a una vocación singular y reconocida han sido tres: la vocación religiosa, la médica y la educativa; la primera relacionada con la salvaguarda del alma, la segunda con la del cuerpo y la tercera con la de la persona. En esta tarea el educador tiene la maravillosa oportunidad de iluminar el camino de los demás en su proceder vital. El hecho diferencial del buen educador no es que haga bien su trabajo sino que se sienta feliz de hacerlo.

**JAVIER OLIVERA BETRÁN**

jolivera@gencat.cat